



Lo que no tiene nombre O EL ÉXITO A TODA COSTA

Ilustración: Daniel Segura

ASBEL
LÓPEZ

Leyendo el libro de Piedad Bonnett sobre el suicidio de su hijo Daniel sentí una intensa solidaridad y respeto hacia el dolor que causó la enfermedad mental y la muerte trágica del joven en sus padres y hermanas. La escritora ha demostrado un gran coraje al publicar el relato de esa experiencia extrema. *Lo que no tiene nombre*, en este sentido, me conmovió como hace mucho tiempo no lo hacía una obra literaria.

Pero el libro también me produjo cierto malestar. El pasaje al que me refiero es el momento en que la familia debe decidir si lo alienta o no a regresar a Bogotá en lugar de seguir estudiando en la Universidad de Columbia.

El episodio se remonta a octubre de 2010, dos meses después de ingresar en esa universidad y siete meses antes del desenlace fatal. Es una decisión muy difícil porque Daniel ha batallado muy duro para llegar ahí. Pero al mismo tiempo padece nuevas visiones paranoicas y se torna evidente que la enfermedad mental, que parecía controlada, no lo está.

En octubre, el dilema de la familia es atroz: ¿debe Daniel regresar a casa? Yo opino que no es del caso que vuelva, acobardado, triste, vencido, después de una batalla de un año para llegar a donde está, a vivir como un hijo de familia, a ser maestro de adolescentes, a resignarse a no hacer un estudio de posgrado. Ni siquiera le planteamos esa posibilidad.

Estamos ante el dilema de una profesora que lleva treinta años enseñando literatura en una universidad y que no concibe que su hijo pueda ser profesor de arte en un colegio. ¿Por qué una escritora que ha dedicado la mitad de su vida a la educación considera que fijarse como destino “enseñar a jóvenes” constituye una derrota y un motivo de tristeza?

La narradora también se expresa con desdén sobre los hijos que viven con los padres cuando ya son mayores y considera imperativo obtener un diploma de posgrado en una universidad prestigiosa norteamericana.

¿Cuál es el origen de esta forma de pensamiento que solo considera un camino, es decir, ser profesor *pero* universitario, estudiar un posgrado *pero* en Estados Unidos, vivir con los papás *pero* hasta cierta edad? ¿Por qué esta jerarquización?

Porque la narradora es profunda y devotamente moderna.

Muy probablemente como usted y yo. Así es, todos, en grados distintos, tenemos algo de Piedad Bonnett. Cada uno porta consigo las ideas que ella predica. Denominaré a ese discurso “la búsqueda de la excelencia a toda costa” siguiendo la terminología del filósofo francés Michel Lacroix en su libro *Filosofía de la realización*

personal, construirse en la libertad (Robert Laffont, 2013). El punto de partida de este modo de pensamiento es la idea moderna de “potencialidad”.

Soy una promesa de posibilidades

La modernidad constituye una extraordinaria liberación de energía. En la medida en que los puestos en las sociedades democráticas no están fijados de antemano por títulos de nobleza, cualquiera puede, en teoría, aspirar a un destino excepcional. Para ello, por supuesto, hay que contar con las dotes necesarias. Aquí es donde interviene la idea de potencialidad. Uno de los primeros en evocar esta noción es Heidegger.

El filósofo alemán acuñó una bella fórmula: “El hombre es una promesa de posibilidades”. Ahora bien, quien dice promesa, dice también compromiso. Michel Lacroix lo explica en estos términos:

Lo propio de una promesa es que hay que cumplirla. Tengo por tanto el deber de hacer fructificar mis posibilidades, tengo la obligación de utilizar mi potencial. Heidegger consideraba con razón que este reajuste sobre sí mismo constituye una de las marcas características de la modernidad.

¿Cuál es la “promesa de posibilidades” de Daniel? Su entorno piensa que *es* un artista. Por eso sorprende a muchos que, cuando puede irse a estudiar a la Universidad de Columbia, no escoge Arte sino Administración Artística. O que se pase de Bellas Artes a Arquitectura en la Universidad de los Andes. Esas decisiones son percibidas como una manera de eludir su potencial. La madre aspira en cambio que su hijo se entregue de lleno a la pintura y logre “enfrentarse con su talento”.

La narradora “fantasea” con que algún día partirá con su hijo a “vivir a la playa, a una casa hermosa pero dotada sólo con lo esencial, donde él no tendrá que pensar en arquitectura ni en nada que se le parezca, sólo se dedicará a pintar mientras yo escribo mis poemas y mis novelas”. Así se lo dice al joven después de que este sufre una dramática crisis psicótica.

Por desgracia, Daniel se suicidará el 14 de mayo de 2011 lanzándose de un quinto piso en Nueva York. La madre emprende entonces la

indagación sobre las causas que puedan explicar la tragedia. Necesita argumentos y explicaciones para no sentirse desamparada ante el descomunal drama.

El individuo, entre lo limitado y lo ilimitado

El punto de partida de la indagación de Piedra Bonnett es que Daniel “tiene talento y es intelectualmente brillante”. ¿Tiene razón en pensar ella de este modo? Por supuesto que sí. Es deber de los padres mostrar una gran confianza en las aptitudes de los hijos. De esta manera multiplican las oportunidades de éxito. Este respaldo es fundamental para luchar contra aquello que Lacroix considera el escollo mayor para la realización personal: la “represión de la motivación”, es decir, encadenar las aspiraciones personales, prohibirse a sí mismo soñar, operar una suerte de autocensura a los propios gustos y pasiones.

Pero la idea de potencialidad también puede causar estragos. Hay un reverso de la medalla. El problema con esta noción son los excesos a los que pueda dar pie. A este propósito Lacroix apunta lo siguiente:

Existe el riesgo de fijar en el espíritu de los individuos la idea quimérica de que poseen recursos ilimitados y que por lo tanto la perfección está a su alcance. A este respecto es revelador que el eslogan del movimiento del potencial humano en el decenio de 1950 era un versículo del Génesis: “Seréis como los dioses”. Esta auto-celebración, esta auto-divinización, halaga nuestros fantasmas pero también produce efectos colaterales. Estas ideas tienen un costo psicológico que se traduce muy a menudo en una presión sobre el individuo. “Debes alcanzar la excelencia”. “Tienes inmensas posibilidades: no tienes por tanto derecho a dejarlas sin cultivar, como un terreno baldío”. Hay inclusive una frase muy conocida y a la moda: “Podrías disfrutar una vida intensa, rica y creativa pero estás vegetando en la mediocridad”. Es una frase ambigua, insidiosa, perversa, que nos hace pasar del calor al frío, ya que subraya a la vez nuestra riqueza y nuestra insuficiencia. Esta frase en forma de *double bind* pone en juego una

suerte de tiranía de la excelencia que está en el extremo opuesto de los pensamientos limitantes ya que invita a lo “ilimitado” pero sus repercusiones, al final de cuentas, son igual de nocivas. Bajo su influencia, la realización personal deja de ser una mera invitación que se le hace al individuo. No es solamente una promesa que se le hace. No es solamente un derecho que se le garantiza sino que toma el cariz desagradable de una *conminación*. Adquiere la forma imperiosa del “hay que”. “Tienes imperativamente que realizarte”.

Daniel duda de su talento. “Siente miedo a su propia potencia”, escribe la narradora. Su universo, al mismo tiempo, está plagado de “hay que”: hay que perseverar en el Arte; hay que huirle a la arquitectura y a todo lo que se le parezca; hay que ser artista; hay que dejar obra; hay que ser profesor universitario; hay que devengar un buen sueldo; hay que especializarse; hay que irse de Colombia, país de incertidumbres; hay que quedarse a vivir en Nueva York, ciudad plural; hay que hacer una maestría en una universidad de alto nivel de Estados Unidos como las dos hermanas y varios compañeros del colegio y de la universidad.

La Universidad de Columbia, especie de “Catedral de la Excelencia”, forma parte de lo que la narradora llama “los caminos trazados por una sociedad que determina cuáles son las formas de éxito”. Los esfuerzos para llegar allá son enormes pero es el precio que hay que pagar para evitar que ante la “insufrible amenaza del examen público”, Daniel carezca de un atuendo digno de mostrar.

Los atletas de la realización personal

El telón de fondo de la postura que jerarquiza de esta manera los destinos es el *elitismo*. En el libro da la impresión, por momentos, de que para realizarse en Colombia hay que gravitar en torno a la órbita de los Andes, ya sea trabajando en la universidad como la narradora, su hermana, su cuñado y muchos de sus amigos, o habiendo estudiado en ella, como el marido y los tres hijos.

Pero no se trata de denunciar aquí un elitismo típicamente colombiano, propio de una clase media acomodada bogotana, sino de inscribir el fenómeno dentro de la historia del pensamiento moderno. Concretamente lo que ha ocurrido



No debemos perder
de vista que las
proyecciones que los
padres hacemos sobre
nuestros hijos también
son el resultado de una
presión desmedida
del entorno social.
Por nuestra boca
también puede estar
expresándose la época.

durante los siglos XIX y XX. Durante ese lapso, hemos asistido a lo que Lacroix llama un “romanticismo de la grandeza”:

Los modelos de realización que eran célebres en esos siglos, Napoleón, Lyautey, Saint-Exupéry, etc., eran personajes que habían hecho grandes cosas en la vida. Todos ellos inscribieron su nombre en la Historia. Eran auténticos atletas de la realización personal. Por su parte, los escritores y filósofos que se interesaban en la realización personal desarrollaban de manera complaciente esta temática aristocrática y elitista. Ellos no ocultaban su atracción por los seres superiores, los individuos excepcionales, las personalidades fuera de lo corriente, los genios.

La narradora se inscribe en este movimiento. Ella confiesa, por ejemplo, que ha cumplido con el “secreto deber” de visitar las tumbas de grandes escritores donde, “más allá de la superstición literaria”, ha experimentado “emociones variadas y sinceras”. Esta devoción hacia la grandeza está muy presente a lo largo del libro. Tras el deceso de Daniel, por ejemplo, la narradora trata de buscar consuelo haciendo la lista de grandes personajes de la historia que murieron relativamente temprano como su hijo: Keats (25 años), Sylvia Plath (30), Schubert (31), Alejandro Magno (32) y Alejandra Pizarnik (36).

Excelencia, la nueva cadena

Ante este modo de pensamiento —en el que, insisto, todos estamos inmersos— estimo prudente atemperar los ánimos. No debemos perder de vista que las proyecciones que los padres hacemos sobre nuestros hijos también son el resultado de una presión desmedida del entorno social. Por nuestra boca también puede estar expresándose la época. Es aconsejable, por tanto, permanecer con los pies sobre la tierra y guardar la cabeza fría para resistir a la insidiosa avalancha de fantasmas y malentendidos que rodean la realización personal.

El primer paso es identificar ese discurso y tomar distancia de él. A este respecto, la comparación que hace Michel Lacroix entre la situación psicológica del individuo actual y la del individuo del siglo XIX puede ser muy útil:

En el siglo XIX, el individuo estaba preocupado, incluso obsesionado, por la oposición entre Bien y Mal, y esta última estaba ligada a menudo a la figura del “pecado de la carne”. El individuo temía cometer transgresiones, vivía bajo el temor de franquear la línea roja de las prohibiciones sexuales y se debatía con un lancinante sentimiento de culpabilidad. La situación psíquica del individuo del siglo XXI es muy diferente. El individuo actual no teme tanto transgredir las prohibiciones como no estar a la altura de las exigencias, a veces exorbitantes, que se impone a sí mismo. Por lo general, tiende a fijar la barra de lo exigible a un nivel exageradamente elevado. Es un ser atormentado por la idea de permanecer por debajo de sus posibilidades, por dejar sin explotar su potencial, por vegetar en el registro de lo “limitado” cuando resuena en torno suyo el llamado de lo “ilimitado”. El individuo moderno teme no lograr estar a la altura de la imagen ideal de un hombre capaz, siempre joven, siempre en forma, optimista, positivo, “al máximo”, dispuesto a enfrentar todos los retos profesionales. Es un hombre que se siente espiado, interpelado, juzgado por un yo absoluto que se levanta por encima de él como una suerte de Comendador. Antes, la oposición Bien/Mal era predominante. Hoy, ha sido reemplazada por la oposición Excelencia/Mediocridad. Antes, el hombre se preguntaba: ¿cómo escapar a la culpabilidad? En cambio el hombre actual se pregunta: ¿cómo huir a una vida mediocre?

El enemigo de los padres de hoy es la ideología de la superación personal. El lema de nuestro escudo familiar reza: “No serás un mediocre, hijo mío”. Nuestro purgatorio es la tiranía de la excelencia. Nuestro cepo es pensar que hay un estilo de vida superior a los demás. La voz de la época es tan ruidosa y omnipresente a este respecto que puede silenciar la legítima aspiración de los muchachos. De ahí mi interés en *Lo que no tiene nombre*: porque la narradora expresa el discurso dominante de una manera transparente, en cierto modo ingenua y en todo caso con escasa autocrítica.

El aplauso

Quisiera terminar con una anécdota de Daniel en el colegio donde fue profesor. Para ello, no voy a recurrir al libro, donde se menciona muy brevemente, sino al relato que hizo Piedad Bonnett durante la presentación de la obra en compañía del escritor Héctor Abad Faciolince en la Fundación Gimnasio Moderno. En el video puesto en línea, el momento más conmovedor fue precisamente cuando ella evocó el episodio.

Daniel fue maestro en un colegio y lo hizo muy bien. Maestro de niños, maestro de arte. Lo querían mucho. El día que yo fui a ese colegio —él todavía no se había matado, fue unos meses antes— yo les dije: “Estoy muy contenta de estar aquí porque mi hijo fue profesor en este colegio”. Yo fui invitada como escritora pero no como la mamá de Daniel. Y los muchachos que estaban ahí, que eran de décimo y once, me preguntaron: “¿Cómo se llama tu hijo?” Y yo dije: “Mi hijo se llama Daniel Segura”. Y todos irrumpieron en un aplauso tremendo. Y a mí me dio una emoción tremenda. Él ya estaba en los Estados Unidos. Yo le dije: “Lindo, fui a tu colegio y todo el mundo aplaudió cuando oyó tu nombre (sollozos) Y él me dijo: “Ay, mamá, qué boleta”.

Héctor Abad interviene para precisar que ella escribe en el libro “Qué oso”. Entonces ella se corrige: “¡Qué oso, mamá, qué oso!”.

El aplauso de los adolescentes —espontáneo y sincero como solo puede venir de ellos— fue tal vez el mayor reconocimiento social que tuvo Daniel en vida. Su mayor logro puede estar en la acción modesta que llevó a cabo durante algún tiempo enseñando a jóvenes antes de viajar a Estados Unidos. El amor por el arte que pudo haber despertado en algunos de ellos constituye quizá su mayor legado. Las lecciones que impartió tal vez fructifiquen en algunos de los que le expresaron tanto cariño y admiración delante de su madre en esa ocasión.

De ser así, sería la consagración póstuma del profesor Daniel Segura. ■

Asbel López (Colombia)

Cali, 1966. Periodista en Radio Francia Internacional (París) desde 1994.